



## Conversión

Puede parecer raro meditar en la palabra “conversión” un martes de Pascua. Podría parecer, más bien, que la conversión es más apropiada para la Cuaresma y la Semana Santa.

Y sin embargo en la primera lectura vemos cómo, tras la predicación de san Pedro, los israelitas empiezan a darse de golpes en el pecho, compungidos, y el Apóstol les dice que se bauticen para el perdón de los pecados. El anuncio de la resurrección está unido al anuncio de la conversión.

En realidad, convertirse quiere decir darse la vuelta. El hombre que vive curvado sobre sí mismo, se convierte cuando se alza y dirige su mirada a Dios. Por eso la conversión puede verse como el proceso en que nos separamos de nuestro pecado, pero también como un acercamiento a Dios, como una conversión a la alegría. Dios no solo nos llama a la conversión mostrándonos la maldad del pecado, sino sobre todo mostrándonos la riqueza de la vida nueva que Él nos regala. Por eso la conversión es también conversión pascual. Recordamos cómo llamó C.S. Lewis al relato de su vida, y especialmente a su conversión: “sorprendido por la alegría”. Si no nos convierte la miseria de nuestra vida, que nos convierta la vida grande que Cristo nos muestra al resucitar.

Esto es lo que vemos que sucede a la Magdalena. En su encuentro con Jesús resucitado ella se da la vuelta y ve a Jesús. Entonces, Jesús le dice “María”, y el Evangelista nos dice que se dio la vuelta y le dijo: “Maestro”. San Agustín se pregunta por qué María se dio la vuelta dos veces, y responde que la primera vez se dio la vuelta (se convirtió) con el cuerpo, la segunda vez se convirtió con el corazón, pues solo entonces pudo ver a Jesús. Y entonces el Señor indica el verdadero sentido de la conversión: subo al Padre. María ha mirado a Jesús como le conocía antes de morir y resucitar. Pero ahora Cristo le invita a cambiar su mirada. Tiene que mirarle subiendo al Padre.

Y así se nos invita a convertir todos nuestros amores. Con la resurrección no solo volvemos nosotros a la vida, sino también nuestras relaciones. Ahora podemos convertir al Señor el amor de marido y mujer, cuando sabemos que ese amor nos dirige a Dios; el amor de los padres a los hijos, cuando los padres saben que sus hijos les han sido confiados no para que los posean, sino para que los conduzcan al Padre; el amor de los hijos a los padres, cuando les son gratos porque han recibido de ellos la vida de Dios...

Después del coronavirus volveremos a nuestra vida, que habrá cambiado de muchas formas. Que cambie sobre todo porque la hemos convertido hacia Dios, y así todos los demás cambios, aun difíciles, serán cambios en esperanza, porque apuntarán a su plenitud en Dios.